

## Capítulo 6: La búsqueda

El bosque se estrechaba conforme se iban adentrando en sus entrañas. Caminaban por terrosos senderos cubiertos de hojas secas. Soplaba un otoñal aire fresco y húmedo y el sol apenas lograba infiltrar sus rayos por entre el ramaje. Los harapos de la niña no eran una gran defensa contra el frío, por eso a Derren no le sorprendió que se sorbiera la nariz a todas horas.

Sus tímidos intentos por hablar con ella se saldaban con hoscos gestos, gruñidos o silencios. Tampoco le importaba demasiado, pues Derren era un tipo solitario. El silencio era un sonido agradable. Además, eso le ayudaba a concentrarse en los ruidos silvestres. El cazador estaba nervioso. Aquel lugar le recordaba a una época pasada y guardada a cal y canto en un polvoriento rincón de su mente.

Ahí tuvo lugar la primera prueba. La prueba que le dio derecho a convertirse en cazador. La prueba que le arrancó su niñez e inocencia. En ese bosque enterró sus debilidades y brotó su instinto de supervivencia.

Tenía la sensación de que nada había cambiado. Los mismos colores. Los mismos olores. La música era tal y como la recordaba. Y esa cosa que flotaba en el ambiente. Esa cosa que él sentía y que se tensaba y destensaba de un día para otro. El peligro.

Derren estaba convencido de que conocía el bosque mejor que cualquiera de los doce cazadores que se habían adentrado antes que él. Sin embargo, él arrastraba una desventaja. Ya fuera niña o demonio, a ojos de Derren era un lastre. ¿Qué haría con ella si aparecía la libélula? Las dudas lo carcomían: no estaba seguro de poder protegerla y cazar a la libélula. Y no se perdonaría a sí mismo si dejaba pasar la oportunidad de ganar esos tres mil escudos de plata. "Tres mil escudos de plata", dijo la voz de su conciencia.

La chica caminaba descalza con los pies llenos de feas ampollas que le habían causado las llamas. No abrió la boca para nada durante el escabroso paseo, ni para hablar ni para quejarse. Y eso que Derren avanzaba con decisión por los estrechos caminos que iba abriendo con la catana, adentrándose en una maleza cada vez más tupida. Hasta que le llegó ese olor. Un olor que conocía muy bien. Otra vez.

Avanzaba dejándose guiar por el aroma de la muerte. Abrió mucho los ojos, aguzó el oído y arrugó la nariz. Estaba cerca. La chica lo seguía sin rechistar y sin la más mínima sospecha. Por eso, cuando lo vio no pudo evitar ahogar un grito de horror.

El cadáver reposaba medio hundido en unos matorrales. Estaba entero. No había marca de mordiscos, aunque estas no tardarían en llegar cuando los lobos o los cerberos se sintieran atraídos por la odorífera carne humana. La piel de aquel hombre se había agrietado y varios tachones morados habían aparecido en su cara y en sus manos, que eran las partes visibles.

Y aguijones. Varios dardos clavados en la ropa. Sus ojos abiertos miraban a la nada con un aire de sorpresa. Derren se los cerró, al fin y al cabo, era un cazador. Uno de los suyos. Y un cazador no debe ver cómo lo devoran las bestias que habría de cazar.

La hebilla tenía tallado el símbolo de Garganta Afilada: dos cuchillos cruzados sobre un empinado desfiladero. Al comprobar su buen estado, le quitó el jubón de cuero sin remilgos y se lo entregó a la chica. Se tapaba la boca con ambas manos y expresión horrorizada, pero tras unos segundos de titubeo, aceptó la prenda.

Derren examinó el lugar en busca de huellas. No había duda de que había sido obra de la libélula. El cadáver de la víctima estaba plagado de señales que iban en ese sentido. Aguijones, piel agrietada, marcas violáceas... Todo lo que le habían dicho en aquella posada. Sin embargo, fue incapaz de encontrar una huella del monstruo. Así, ambos siguieron adelante hasta que el sol desapareció de la bóveda arbolada, una sin poder quitarse el miedo de encima y el otro buscando el peligro.

Se detuvieron en un pequeño claro repleto de helechos que brotaban de la tierra firmes como púas, donde unos troncos rotos y caídos les sirvieron de asiento para descansar.

– ¿Tienes nombre?

No hubo respuesta. El cazador no sabía muy bien cómo interpretar su silencio. ¿Estaba cabreada con él? La había salvado, sí, pero luego la había arrastrado con él al bosque, un lugar en el que varios aldeanos habían muerto víctimas de un temible monstruo que nadie había visto aún. Incluso sin libélula rondando por ahí, el bosque de los Colmillos Verdes era un lugar de lo más peliagudo. Pero al fin y al cabo... ¿quién no prefería morir devorado a morir abrasado?

– Está bien, te llamaré Demi, diminutivo de... Da igual –se arrepintió de la desafortunada broma en el último momento, pero el nombre ya estaba decidido. Luego examinó sus rasgos más de cerca y con más atención. Había algo de delicado y a la vez salvaje en ellos—. Eres extranjera.

No hubo respuesta, pero Derren estaba acostumbrado al silencio. Y, además, se percató de que no lo había formulado como una pregunta. Maldijo por lo bajo y probó nuevamente.

– ¿Tienes padres?

Ella se limitó a negar con la cabeza. Una respuesta silenciosa. Pero una respuesta, al fin y al cabo. Sintiendo que iba por buen camino, prosiguió con su gesta.

– ¿De qué te escondías?

– De la ignorancia y la estupidez –rezongó con sequedad, entre dientes y con un marcado acento norteño.

– Oh, ¿y qué hacías rodeada de ambas esta mañana? No serás buena cazadora si no sabes esconderte.

No hubo respuesta. Evidentemente, hacerse cazadora no entraba en los planes de la joven Demi. Pero Derren no se rendía tan fácilmente.

– ¿Sabes usar un arco?

La chica lo miró como si estuviera hablando con un pingüino. Frunció el ceño. Derren le sostuvo la mirada, esperando una respuesta clara.

– Más o menos.

– Bien. Muy bien. Espérame aquí –le dio la espalda, dispuesto a irse, pero en el último momento se giró de nuevo—. Por cierto, para que quede claro... Eres libre Demi. Pero en este bosque... En fin... Si te paseas sola por aquí, seguramente servirás de cena a los lobos. O a algo peor...

Poco después reapareció por entre la maleza con dos largos palos de avellano y se sentó dejando algo de espacio entre la chica y él. Acto seguido sacó un machete y empezó a quitar brotes y ramitas. Luego, quitó madera en un extremo de ambos palos para así unirlos en el centro del arco. Ahora era un palo recto el doble de largo. Lo puso enfrente de Demi, a quien amablemente ordenó que se levantara un momento. Cosa que hizo sin rechistar. Añadió unas muescas en ambos extremos y cortó. Satisfecho con la medida, abrió dos canales en los nuevos extremos y anudó la cuerda de tripa que llevaba en el macuto. Cortó lo que sobraba. Luego probó a tensar. Y finalmente sonrió.

– Te enseñaré a hacer flechas –le dijo al tiempo que le entregaba el arma–. Tendrás que hacer muchas... Nunca se tienen suficientes flechas.